

bras, la emociion que le causaba ver partir á los que ibamos á representar á la Ciudad y Diócesis de Leon, ante el Padre comun de los fieles, en la Capital del mundo católico.

Los peregrinos salidos de Leon, fueron: Los Sres. Pbrs. D. Francisco Garcia, y D. Pablo Gutierrez; el Sr. D. Carlos Carpio y su esposa D.^a Antonia Romo; Sritas. D.^a Mauricia Márquez y D.^a Francisca Velazquez; Sr. D. Celso Tinoco y el que escribe estas lineas, como representante de la Diócesis. No debemos cerrar estas sin dejar consignado que Ntro. Ilmo. Prelado procuró allanar todas las dificultades que para su viaje se ofrecian á algunos de los citados peregrinos y que por disposicion suya se hicieron preses diarias en todas la Diócesis de Leon por el feliz éxito de la Peregrinacion; disponiendo especialmente se diese en todas las misas la oracion *Pro Peregrinantibus*.

Las cartas que siguen dan cuenta de lo acontecido desde esta ciudad hasta Roma, y de la audiencia concedida por Su Santidad á los peregrinos.

En Leon, como ya se dice en la 1.^a Carta, se creyó que el paso de la Peregrinacion seria muy de mañana y por eso, y por ser domingo, no ocurrió toda la gente que sin estas circunstancias hubiera ocurrido; y con todo, la multitud era numerosísima, expresan- do toda ella en sus semblantes y con sus tiermas pala-

En Leon, como ya se dice en la 1.^a Carta, se creyó que el paso de la Peregrinacion seria muy de mañana y por eso, y por ser domingo, no ocurrió toda la gente que sin estas circunstancias hubiera ocurrido; y con todo, la multitud era numerosísima, expresan- do toda ella en sus semblantes y con sus tiermas pala-

último á los á nuestros deudos y amigos, multiplicados los votos y deseos de que pronto se recibiera en Leon.

DE LEON A ROMA.

EN MICHIA.

Zacatecas, Abril 8 de 1888.

Sr. Director de "EL PUEBLO CATÓLICO."

Leon.

Muy querido amigo:

Habia prometido á Ud. poner mi primera carta de Paso del Norte, pero no quiero dejar pasar mis impresiones de hoy, á fin de que las comunique Ud. á los lectores de nuestro *Pueblo Católico*, en el número próximo.

ANTES DE SALIR.

No hablemos de las impresiones de despedida. ¡Son tan sensibles, cuando se emprende un viaje á tan larga distancia! No quiero, digo, hablar de esto, por no renovar las tristes impresiones de estos dias, especialmente de ayer y hoy.

Habiéndonos dicho anoche que el tren de peregrinos pasaria á las cinco de la mañana, tomamos la tranvia puesta al efecto á las cuatro, despues de haber celebrado yo el Santo Sacrificio en mi Oratorio particular; donde por privilegio puede celebrarse una hora ántes de la ordinaria. Al llegar á la Estacion encontramos ya mucha gente, pues familias habia que se trasladaron alli desde la noche anterior, y las más llegaron poco ántes y con los peregrinos. Vano esperar; el tren llegó hasta las ocho y media. Dimos nuestro

último adiós á nuestros deudos y amigos, multiplicados estos ya prodigiosamente, y despues de recibir sus votos, partió el tren.

EN MARCHA.

Ya estamos en marcha. Los tres eclesiásticos que salimos de Leon, rezamos el *Itinerario* de los caminantes, y en seguida me ocupé de reconocer mis compañeros de viaje. El primero con quien tuve el gusto de hablar fué con el Sr. Lic. D. Diego German y Vazquez, miembro el más importante de la comisión organizadora de la peregrinación á Roma, el director, y puede decirse, el alma de ella. Despues del saludo y preámbulos de estilo, proseguimos así nuestra conversacion:

—Esperábamos á Udes. desde las cinco, y son las ocho y media!

—La comisión procura que el Reglamento se observe con toda exactitud, pero tuvimos una demora en Silão; por haber celebrado nuestro Presidente, el Ilmo. Sr. Portillo, para que los peregrinos no nos quedáramos sin misa hoy. La misa se dijo en la Iglesia más próxima á la estación de la poblacion, la que el Sr. Cura tenía preparada al efecto.

—¿Cuántos somos los peregrinos?

—No lo sé aún, pero somos más de 200. Debo decir á Ud. una cosa bien triste: ni masones, ni protestantes, ni nadie, nos ha hecho la guerra que nos han hecho nuestros hermanos los católicos.

—¿Cómo es eso?

—Al principio tuvimos una inscripcion magnífica; pero empezaron á abultarse las dificultades, y á pon-

derarse los peligros, y se hizo desertar á muchos, á pesar de haber nosotros allanado, con esfuerzos inauditos, las dificultades que se nos oponian.

—Pero solo los peregrinos de Zamora forman un número considerable.

—¿Qué peregrinos de Zamora? Todo eso fué una farsa.

—¿Farsa!

—Nada más. Por supuesto que el autor de la noticia en que se reseñaba la salida del grupo de zamoranos ha puesto en ridiculo, no á *El Tiempo*, sino á los zamoranos mismos.

—¿Viene el Ilmo. Sr. Moreno?

—No, solo el Ilmo. Sr. Portillo y el Vicario Capitulár de Puebla.

—Tiene Ud. la bondad de llevarnos con el Sr. Obispo?

—Con mucho gusto.

Visitamos al Ilmo. Prelado, al Sr. Vicario Capitulár, Dr. D. Ramon Ibarra y luego seguimos viendo los carros.

Vimos desde luego el carro palacio con su recibidor y demás departamentos. Los demás carros tanto de 1.^a como de 2.^a y 3.^a son iguales, sin aglomeracion de pasajeros, bien ventilados, con dormitorios, como los Pullman; en fin, carros *turistas* ó de excursionistas, en los que no se ha hecho hasta ahora un viaje de pasajeros comunes.

A la hora de camino ya teniamos conocimiento con todos los compañeros de nuestro coche y con algunos de los otros. Otro dia diré quienes son, y paso á

LAGOS.

En esta poblacion como en Leon, se creyó que pasaríamos muy de mañana y habia poca gente esperándonos.

Voy a referir un incidente que me ha caído en gracia.

Después de una breve detención se ponía ya en marcha el tren, cuando entró a nuestro coche una señora desfavorida, á juntarse con otra de nuestros compañeros, su conocida. Como habló en voz alta, pudimos saber que habiendo venido con el jefe de su casa á la estación, rogándole que la dejase ir á Roma, creyendo que no era indispensable el boleto respectivo, se subió al tren cuando vió que se movía, y partió sin tener una resolución de su superior, ni equipaje ni dinero alguno.

Aquí de las dificultades.

Mi amigo, que ya lo es, el Sr. Lic. German y Vazquez, la presentó con el Ilmo. Sr. Portillo, y este bondadoso señor le dijo que no tuviera cuidado; que él lo arreglaría todo, puesto que creía obtener el permiso de su superior, á quien se telegrafiaría de Aguascalientes.

La pobre señora no sabe ahora si alegrarse ó afligirse. Pero va á Roma!

En la Encarnacion nos recibieron con vivas y saluaciones, pues como ya nos esperaban, estaba según creo, toda la población en el punto de la Estación.

Igual cosa sucedió en Aguascalientes á donde llegamos á las dos de la tarde, y donde vimos á todo el Clero, familias principales y gran número de pueblo. En la fonda del paradero se sirvió el almuerzo. Nosotros lo hicimos en el mismo carro, para cuyo efecto veníamos bien prevenidos.

A Zacatecas llegamos á las seis y cuarenta, de donde remito esta, dejando para otro dia la relacion de lo que aquí pase.

¡Gracias á Dios! Nuestro primer dia de peregrina-

cion ha sido magnífico, con una compañía selecta por su educacion, por su fino trato, y sobre todo por su catolicidad.

Adios, mi querido amigo, hasta otra vez.

José M.^a VELAZQUEZ.

II

Paso del Norte, Abril 10 de 1888.

Sr. Director de "El Pueblo Católico."

Leon

Muy querido amigo:

Corriendo con una velocidad de diez leguas por hora, escribiendo al aire, esto es, llevando por mesa un libro en una mano y la pluma en la otra, pongo á Ud. mi segunda carta, pues creo que recibirá de Zacatecas mi primera.

SUPLEMENTO A LA CARTA ANTERIOR.

Al hablar en mi anterior de la armonía que reinaba entre los pasajeros, se me pasó decir que nuestro buen amigo D. Carlos Carpio, con su habitual buen humor, se captó la simpatía, primero de la Comision instaladora y en seguida de todo el mundo.

Ya dije que el Sr. Lic. Vazquez de Puebla es el alma de la peregrinacion; fáltame decir que él es la famosa Suscritora que, con tal pseudónimo y ocultando su nombre hasta á la direccion del *Tiempo*, escribió las cartas «De México á Roma» que con tanto agrado hemos visto en el citado periódico.

La señora que tomó el tren por asalto en Lagos, ha recibido recursos en Zacatecas, y aunque con procedimientos irregulares, todo quedó arreglado, y ella va contentísima.

Ayer tuve el gusto de hablar con una indita de raza pura, que viene de Chilapa, quien, en su dialecto medio castellano y medio tarasco, pero explicándose lo suficiente para entenderle los que no sabemos el último, me expresó su regocijo por ir á ver, al Papa, y me mostró su traje, muy original por cierto. Es un lienzo que hará veces de camisa, con un bordado de lacre, con muchas flores y otras figuras arabescas y unas enaguas de lana azul, de un género que dijeron ser *chomite*, pero muy fino, pues parece de paño. Tiene como la camisa muchos adornos de bordados de varios colores. Le pregunté si llevaba algún presente al Sto. Padre, y dijo que le llevaba un dinerito. (Son cien pesos.) Así pues, la raza pura mexicana va representada en la peregrinación. Lo más de ella está compuesta de familias decentes, de muy buena presencia.

El *Tiempo* habrá publicado ya la lista de peregrinos, pero incompleta acaso, pues á la hora en que escribo, todavía entran nuevos. Yo la remitiré completa. 24 buitos de obsequios para el Sto. Padre, incluso el nuestro de León, son los que la Comisión lleva. Se hace mención especial de un rico librero en que se presentará el Album Mexicano que consta de cuatro elegantes tomos de grueso volumen, y las demás obras de autores mexicanos ofrecidas para la Biblioteca del Papa. Los libros son suficientes para cubrir el librero.

Ahora continúo mi itinerario.

¡Qué panorama tan hermoso presenta Zacatecas desde los puntos de vista que ofrece el tren! Pero sobre todo, qué obsequiosa, qué entusiasta se manifestó la sociedad zacatecana con los peregrinos!

Un saludo general, primero en la Estacion de Guadalupe y despues en la de Zacatecas, vino á repercutir en los corazones de los peregrinos, quienes contestaron agitando sus pañuelos, y saludando á todos.

Aquí encontramos muchos amigos, quienes nos tenían prevenidos algunos obsequios. Yo los recibí de mi exelente amigo el Sr. Arcediano D. Félix Palomino, y del Sr. Lic. D. Tranquilino Aguilar.

Primera noche.

A poco de salir de Zacatecas llegó la noche del primer día de viaje y nos dispusimos á dormir, despues de haber rezado el santo rosario y cantado alabanzas. Ya dije que todos los carros son dormitorios en todas las clases, así es que cada uno pensó en arreglar su lecho formándose en el acto camarotes independientes y bien cubiertos. Yo ocupé una cama del Pullman en donde las comodidades sobran.

De la Calera, donde cenamos, partimos acostados. En la noche atravesamos estaciones de poca importancia, pues la más notable fué la de Fresnillo. Amancimos y nos desayunamos en Jimulco.

—¿Qué tal noche?

—Magnífica!

—¿Cómo pasó U. la noche?

—Perfectamente. Dormi muy bien y con toda la comodidad apetecible.

Estas y semejantes expresiones se oían en todos los departamentos de nuestra casa ambulante al saludarnos por la mañana del lunes 9 de Abril, felicitándonos mutuamente de nuestro comun bienestar.

Partimos á recibir gratisimas impresiones á cada poblacion que saludábamos.

La primera fué Lerdo, poblacion reciente de unos 10,000 habitantes. Aquí hubo manifestaciones populares, pero las personas de mejor posicion si bien euforias, no dieron muestras de entusiasmo. Parece que querian no desmentir las ideas del héroe de la expulsion de las Hijas de la caridad, de quien la poblacion toma su nombre. Allí uno que sospeché seria aficionado á literato, al partir el tren decia:

«Volverán las oscuras golondrinas»

«Pero»

Ellos tambien volverán, — concluí yo, porque no pude oír el final, del muy sabido tema, de Bécquer.

Atravesamos en seguida Mapimí con el célebre Bolson, desierto ingrato, árido, de 600 kilómetros, ó de cosa de 140 leguas en el trayecto del camino.

Imagínese un desierto plano, sin límites visibles en algunos puntos, en otros marcados por colinas; plano cubierto de ceniciento musgo, salpicado de manchas verdes, como esos pedazos de lana verdes puestos en el *paxtle* de los nacimientos de los pobres, y se tendrá una idea del páramo que ocupamos en pasar lo más pesado del día.

¡Qué poco aire, qué calor, qué sed!

Nosotros nos acordamos del heroico sacrificio, del infatigable y apostólico celo de los civilizadores reli-

giosos que expuestos á morir á cada momento á manos de los salvajes, vinieron implantando el árbol sagrado de la cruz, á cuya sombra han venido refugiándose todos los pueblos de la comarca. Los habitantes de ellos y de las rancherías que tocamos, conservan mucho su tipo, pero tambien conservan incólume la fé entregada con tan heroico sacrificio por los misioneros.

Sigamos adelante.

SANTA ROSALIA.

¡Oh, qué contraste! Llegamos al pueblo indicado, cuando el terreno comenzó á sonreírnos. Biznagas en flor, que parecian pequeñas macetas esparcidas por el campo, con veinte ó más flores carmeíes cada una; pequeños arbustos de alegre verde y otros anuncios de terreno más fecundos, se nos ofrecían á la vista.

Santa Rosalía poblacion de 5,000 habitantes, dijimos viendo nuestro itinerario. Y el pueblo de Santa Rosalía en masa, desembocando de una graciosa cañada, entre frondosos y verdes árboles, entre canales de cristalinas aguas que serpenteaban entre tupidos cereales de un verde subido; Santa Rosalía, con su buen Cura al frente, al son de la música vino á saludar á los peregrinos y á recibir la bendición del Ilmo. Prelado que nos preside, y á darnos el buen viaje, recomendándonos sus votos de amor y respeto al Padre comun de los fieles.

En este momento, siete ú ocho pacas de algodón, producto de estos terrenos, se incendiaban en la estacion, y este incidente llamó toda la atencion. Ce-

só el siniestro con la cooperacion y disposiciones acertadas de muchos peregrinos, y partimos, pasando el gran puente de fierro de Conchos, uno de los más bien construidos que hemos atravesado, y obra de la empresa del Ferrocarril Central. Por largo rato fuimos gozando de la vista de la exuberante vegetacion, y llegamos á

SAN PABLO.

¡Viva la Peregrinacion mexicana!

¡Viva México! ¡Viva Roma! ¡Viva nuestra madre Sma. de Guadalupe!

Tales fueron los gritos con que la simpática poblacion de San Pablo nos ha recibido, con atronadores aplausos y al son de la música.

Cuánta sinceridad, cuánta espontaneidad en sus manifestaciones, cuánta fé, qué adhesion al jefe de la Iglesia notamos en esta poblacion!

El Ilmo. Sr. Obispo emocionado cada vez más, hizo una peroracion al religioso pueblo, y el Párroco le presentó sus respetos á nombre de sus feligreses. Aquí una religiosa exclausturada entregó al Ilmo. Sr. Portillo cincuenta pesos, suplicándole los entregase á su nombre á Su Santidad. Llenos de emocion partimos ya oscureciendo para

CHIHUAHUA.

Nosé qué sucedió á la máquina que en el trayecto anterior nos trajo muy despacio. Debiendo haber llegado á las ocho, llegamos á las diez, hora en que muchos miles de chihuahuenses, que tenían cuatro ó

cinco horas de esperarnos, nos recibieron con hachas encendidas, con linternas, con gritos de júbilo y con gran multitud de flores que en ramos nos arrojaban por las ventanillas. Era tanta la gente, que el Sr. Obispo tuvo necesidad de recorrer los wagones diciendole á todos algunas palabras de gratitud y repartiendole bendiciones que con avidéz recibian los buenos chihuahuenses. Un grupo de niñas vestidas de blanco, ofreció sus flores al Sr. Obispo, y por lo avanzado de la hora, no hubo lugar á otras demostraciones que habia preparadas.

Yo tuve el gusto de ver al Sr. Ulises Bessaur y á su jóven esposa Matilde Guedea, quienes tuvieron la bondad de hacerme un obsequio de viaje.

En estos momentos (11 de la mañana del 10 de Abril,) llegamos á Paso del Norte.

¡Adios querida México!

¡Un paso más, y estamos en territorio extranjero!
¡Qué dulce es el amor de la Patria! Si no tuviera la persuasion de volver pronto, este adios arrancaria mis más amargas lágrimas.

Adios, querido amigo, de Nueva York escribiré mi siguiente carta con el favor de Dios.

J. M. V.

P. S. Ni un contratiempo, ni un enfermo, ni un triste. El contento y el entusiasmo y la más cordial armonia reina entre todos. Las bendiciones de Dios, atraidas por las oraciones de los buenos, nos hagan volver como vamos hasta aquí.

VALE.

III.

Kansas City, Abril 12 de 1888:

Sr. Director de "EL PUEBLO CATÓLICO."

Leon.

Muy querido amigo:

Diriji á Ud. mi anterior llegando á Paso del Norte, y ahora vamos llegando á Kansas City, buenos y sanos todos, y sin contratiempo alguno, gracias á Dios.

PASO DEL NORTE.

Como es sabido, hay dos poblaciones que llevan el nombre indicado, uno ántes del Rio Bravo, que es el que marca el limite de México con E. U. y otra al otro lado. Para distinguirlas, á la primera se llama Paso-México y á la otra Paso-Texas ó Franklin.

En Paso-México nos recibieron los mexicanos con entusiasmo; al bajar fueron registrados nuestros equipajes por el Inspector mexicano, quien se portó muy bien, pues solo inspeccionó los bultos más grandes, dándose por satisfecho. Se nos sirvió un buen almuerzo en el restaurant de la Estacion y se despidió la escolta que para resguardo de la peregrinacion salió de Celaya, haciéndose una colecta entre todos nosotros para gratificar á los soldados, quienes se mostraron muy agradecidos y conmovidos de nuestra separacion.

Paso del Norte es una poblacion de aspecto pobre, con casas de un solo piso, de madera muchas, las más de adóbe, separadas unas de otras, y con una sola Iglesia, la Parroquial. La poblacion es de 7,000 habitantes.

A las tres de la tarde [10 de Abril] pasamos el Rio Bravo, dando nuestro adios á México, cantando un coro de señores el *himno nacional*, y otro de señoras el himno á la Sma. Virgen, el *Ave maris stella*.

No me detendré en describir las tristes sensaciones que asaltan al ánimo al cambiar de territorio; sobre todo, al considerar que del Paso á muchos miles de leguas de camino se transitan tierras perdidas para México.

En Paso Texas estuvimos dos horas, durante las cuales fueron inspeccionados de nuevo nuestros equipajes y sacos de mano, sin que haya pasado incidente alguno desagradable. En seguida fuimos á conocer la poblacion.

Paso-Texas es una ciudad enteramente americana, de magníficos edificios, sin calles regulares aún, acaso porque aún no se fabrican las casas suficientes para formarlas, pues hace cuatro años que empezó á levantarse. El comercio es muy activo, y hay almacenes y tiendas con salones tan vastos, como los más grandes de México. En algunos de ellos vi las naranjas de Atotonilco en aparadores, envueltas en papel. Los suburbios están ocupados por gente pobre mexicana, que es muy apreciada de los americanos.

Hay completa tolerancia de cultos y tres templos, uno católico y dos protestantes.

En una casa de Banco cambiamos moneda mexicana por americana, con un 31 p. ⁰/₁₀ de descuento.

Alquilamos un coche para trasladarnos dos compañeros de la plaza á la Estacion, que está como á tres cuadras de distancia, y nos cobraron un peso. En todo el país americano son muy caros los fletes de coche. Partimos á las cuatro de la tarde.

Pasamos la noche de ese dia como las anteriores, durmiendo bien, despues de haberse rezado el santo rosario, con los misterios cantados y otras alabanzas, y venimos á amanecer en

ALBURQUERQUE.

En esta poblacion nos desayunamos. Alburquerque, perteneciente á Nuevo México, tiene de 8 á 10 mil habitantes, en su mayor parte católicos.

Aqui de nuevo encontramos las casas aisladas y de Madera; podría decirse que se han construido portátiles, pues desarmadas pueden trasportarse á distintos puntos. Estacadas unidas por alambres sirven de cercas, portátiles tambien.

El ramo de explotacion principal es la ganaderia.

Emprendimos de nuevo la marcha, y en una Estacion próxima á una poblacion llamada Sto. Domingo, se nos presentaron unos indios de color cobrizo, caras anchas, gruesos, piernas como cilindros envueltos en lienzo blanco. Las mujeres con una ropa hasta las rodillas, y con el pelo recortado hasta los hombros, y por la frente hasta los ojos como tupé. Ofrecian á los pasajeros piedritas de colores ó vidrios en cambio de las monedas que se les daban.

Dejo otras varias poblaciones para llegar á Las Vegas, donde se nos esperaba una de las más gratas sorpresas que hemos recibido.

Desde la tarde anterior se nos presentó el Sr. Personé, respetable sacerdote Director del Colegio Católico de Jesuitas en las Vegas, para darnos la bienvenida y acompañarnos á su ciudad. Como se vé, hizo para ello un viaje de más de 400 leguas en ida y vuelta, pues al juntársenos, deshacia un camino de 20 horas, andando por lo ménos 10 leguas por hora.

Desde la tarde de ayer vamos caminando con una velocidad de 15 leguas por hora, con detencion de media hora en los puntos de comida y de cinco minutos en los surtidores de agua.

LAS VEGAS.

Llegamos pues á Las Vegas, donde nos esperaba una multitud de mexicanos que nos saludaron regocijados, haciéndonos mil preguntas. Apénas nos instalamos en el restaurant para comer, cuando sonó una música en el comedor, anunciando la llegada del Colegio, esto es, de una multitud de niños y jóvenes, muchos de ellos mexicanos, con cintas azules en el ojal de la levita, bordadas de oro, llevando en medio una efigie de S. Luis Gonzaga y presididos por muchos eclesiásticos vestidos estrictamente con su traje talar. La primera pieza de música fué correspondida con una salva de aplausos de los peregrinos, y al salir nos victoriaron los mexicanos, á quienes correspondimos sus vivas con otros y con el himno nacional cantado por un coro de señoritas y señores.

Aunque Las Vegas es de menor importancia comercial que El Paso, podian salir de allí, dijo el P. Personé, todos los carros de nuestro tren cargados de un artículo, como de harina. Su Colegio dirigido por Je-

suitas es uno de los mejores de E. U. y de él sale el excelente periódico: *La Revista Católica*.

Nos despedimos del Sr. Personé, de su Colegio y de la multitud, llevando el corazón henchido de gratitud, y bendiciendo á Dios que nos proporcionó tan dulces expansiones.

A las cinco y media de la tarde llegamos á "El Raton" población de mucha importancia, donde vi aparadores elegantes con vidrios tan grandes como no los había llegado á ver. El Raton, La Trinidad, Las Vegas y otros, son nombres que conservan poblaciones americanas hoy, que fueron mexicanas en su principio.

Al salir de El Raton se fraccionó el tren en dos secciones, por tener qué hacer una penosa subida de 15 millas; pasamos un túnel, de un cuarto de milla, y empezó á descender el tren ya unido, con suma velocidad.

Amaneció el día 12, y nos desayunamos en Kinsley, ciudad formada como provisionalmente, según dicho de Alburquerque.

Sucesivamente pasamos por Lamed, Sterlig y Nickerson.

Al llegar á Newton á las doce y media del día, tuvimos una grata sorpresa: el Sr. D. Mauricio Rahden, Cónsul mexicano en Kansas, vino desde Kansas City á encontrar la peregrinación y á ofrecernos sus servicios. Es un señor sumamente amable, y tuvo frases de cordial afecto para cada uno de los grupos de peregrinos á los que fué presentado por el Sr. Lic. Vazquez, director de la peregrinación.

Comimos en un gran restaurant en donde la comida fué servida por elegantes jóvenes señoritas y con un órden admirable.

Durante el día hemos atravesado poblaciones de más ó ménos importancia, pero en un grande número y cuyos nombres solo pueden trascribirse con el itinerario á la vista.

Dentro de dos horas, esto es, á las ocho de la noche, estaremos en Kansas City. De lo que pase de allí á Nueva York, daré razon en mi próxima, con el favor de Dios.

Adios, querido amigo.

IV.

Oceano Atlántico, á bordo del Vapor "Bolivia."

Abril 28 de 1888.

Sr. Director de «El Pueblo Católico.»

Leon.

Muy querido amigo:

Puse á Ud. unas pocas líneas de Nueva-York, diciéndole que no tuvimos allí la detención que se nos había prometido de tres días, porque, trasbordados directamente del tren al buque, este, que estaba amarrado al muelle, hubiera encallado con el peso que recibió, si no se sacaba cuanto ántes á alta mar. Esta al ménos fué la explicación que se nos dió, y esto explica por qué no puse mi cuarta carta de Nueva-York como había prometido, haciéndolo ahora en el mar á los catorce días de navegación en donde vamos bien, gracias á Dios y á la Sma. Virgen cuya protección no hemos cesado de invocar.

Continúo consignando mis impresiones de viaje que

tienen por ahora que ser muy limitadas, pues se concretan á las que se pueden tener desde el asiento en ferrocarril corriendo, con paradas de muy breve tiempo.

KANSAS.

Llegamos á Kansas City el día 12 á las nueve y media ó diez de la noche, hora en que de nada nos servía el tiempo de seis horas que habian prometido de detencion. Aquí hubo trasborde de tren, y se ocuparon coches de más lujo, aunque de ménos comodidad que los primeros.

La estacion en que nos detuvimos es espléndida sumamente espaciosa, y cubierta con un gran techo de fierro y madera, como lo están todas las de las grandes poblaciones, quedando tres ó cuatro trenes á la vez bajo del techo. Está iluminada profusamente con luz eléctrica.

Kansas City, dice un viajero, hace 25 años era un desierto, y hoy es una de las grandes ciudades de E. U., que tiene 150,000 habitantes, con toda la vida que dá el trabajo y la inteligencia.

Salimos de esta gran ciudad atravesando el famoso rio Missouri Este rio, así como el Mississippi y el Hudson que sucesivamente pasamos hasta Nueva-York, son de los más caudalosos rios del mundo, inferiores solo al Amazonas y á algun otro.

HASTA EL NIAGARA.

Amanecimos el día 13 en Annibal y al salir pasamos el Mississippi, donde ví los primeros vapores que cruzan los rios ántes citados. Continuamos atravesan-

do varias ciudades como Springfield, Decatur, etc., donde no hubo para nosotros cosa notable, si no es la multitud de curiosos que rodeaban el tren al parar, y algunos, especialmente señoras, entraban á los wago- nes recorriendo la línea. En una de estas paradas bajamos tres compañeros y entre los americanos que nos rodeaban habia un portugués con quien fácilmente nos entendimos. Mucho les llamó la atención que una excursion mexicana fuera á Roma, y al saber que tal excursion tenia por objeto ver al Papa, nos vieron hasta con cierta especie de respeto.

Amaneció el día 14 en Saint Thomas, poblacion inglesa, pues pertenece al Canadá, posesion británica; allí nos desayunamos. Un compañero se dirigió á una especie de pastelería y compró un pan de media vara de largo por una cuarta de ancho y otra de espesor, de una harina finisima, en 20 centavos.

Desde el amanecer no se pensó ya ni se habló más que del Niágara á donde íbamos á llegar.

¡LAS CATARATAS DEL NIAGARA!

Enfrente de la vista principal de las cataratas se paró el tren, y desde allí pudimos contemplar el más sorprendente panorama que puede imaginarse. Creía yo que me sucedería con la vista del Niágara lo que sucede con una cosa bastante ponderada, que no sorprende ya; no, por más prevenido que se esté, el espectáculo es sorprendente para todos.

El conductor tuvo la complacencia de hacer dar tres vueltas al tren sumamente despacio, sobre el gran puente en que estábamos, para divisar varios puntos de las cascadas con toda comodidad, pues se me pasa-

ba decir que al llegar caía la nieve, haciendo un frío glacial. Llegamos á la estacion y todo mundo bajó á pesar del frío y nieve, á ver de cerca lo que de léjos habíamos contemplado.

No me atrevo á hacer una descripcion de lo que allí se vé.

Diríase que aquello es un campo vasto de celajes verdi-azules esmaltados de brillante plata; pues á esto parece la agua verdiosa corriendo entre riscos de hielo de figuras caprichosas. Sobre este campo ó mejor sobre una vorágine que se adivina entre nubes de vapores, cae un torrente, espumoso á veces y cristalino otras, causando un estruendo imponente y majestuoso, pero constante é invariable. Las grandes cascadas son dos, la americana y la del Canadá fuera de las cuales hay otras de menor importancia.

El invierno crudo que se empezó á sentir desde dos días ántes y que se acentuó en el Niágara, al grado de estar nevando, no nos permitió ver los fenómenos que se verifican á la luz del sol; pero en cambio pudimos ver las hermosas cristalizaciones que se formaron en el cauce que han hecho las cascadas.

Lo repito: no me atrevo á hacer descripcion alguna de las maravillas del Niágara. Para suplir en parte este hueco en mi carta, rogué á algunas personas con quienes me he relacionado, pusiesen en mi cartera algun pensamiento, y de los que reuní copio en seguida dos poesias: una del Sr. Pbro. D. Dámaso Sotomayor, descubridor de la clave de la escritura azteca, de quien me ocuparé otra vez, y otra del Sr. Lic. D. Ignacio Perez Salazar, de Puebla. Dicen así:

ANTE EL NIAGARA.

Magnífico es, Señor, tu poderio,
Ante él no puede resistirse nada;
El ha formado el caudaloso río
Y luego lo despeña en la cascada.
Por eso tu obra al contemplar, Dios mío,
En tu grandeza el alma se anonada,
Y sellando mi lábio, absorto y mudo
Doblando la rodilla te saludo.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

Abril, 14 de 1888, á las 11 A. M.

ANTE EL NIAGARA Y SUS CASCADAS.

SONETO.

Del Niágara al mirar la gran cascada
De lo alto desprendiendo en raudas ondas,
En perlas convirtiéndose y en blondas
Nubes de escarcha pura y argentada:

De su conjunto al ver la agua agitada
Aquí y allí luchando entre las hondas
Vorágines, ó bien entre las frondas
Y amenas selvas de que se halla ornada:

Al descender, en fin, la nieve pura
Sobre ese cuadro inmenso y esplendente
Como en linfas de albor y de belleza:

El alma se arrebatada, que fulgura
Ahi la idea de Dios, y nuestra mente,
Entusiasta, le aclama en su grandeza.

Ferrocarril Central, Abril 14 de 1888.

PBRO. DÁMASO SOTOMAYOR.

Yo tambien quise poetizar, y hé aqui lo que salió:

EL NIAGARA.

De la natura en el concierto unisono
Con el que eleva un himno á su Señor,
Hay una nota sonora y limpida
Que embriaga el alma y la levanta á Dios.

Esa nota eres tú, sublime Niágara,
De voz robusta y compasado son,
Mar torrencioso, desplomado, súbito,
Vestido de iris á la luz del sol.

Niágara Falls, es una poblacion de importancia, ó mejor dicho, dos, que se han formado á un lado de las célebres cataratas. Tienen un atrevido puente, colgante, que facilita ver las cascadas cerca, y frente á frente. Hay casas muy buenas y buen comercio, sostenido por la multitud de viajeros que diariamente visitan ese punto.

Las personas que deseaban retratarse, como es costumbre en el Niágara, no lo pudieron conseguir por el mal tiempo; en cambio nos hicimos de buenas vistas

fotográficas de todas las cascadas.

Despues de haber comido continuamos nuestro viaje pasando por varias ciudades tales como Búfalo, en donde vinieron á visitarnos los reporters de la prensa local, y los de Nueva-York, quienes dijeron muchas inexactitudes, segun vimos despues en sus periódicos.

Amanecimos caminando á lo largo del río Hudson y admirando sus fértiles riveras y su variado aspecto, hasta llegar á Nueva Jersey, frente á Nueva-York, á las diez de la mañana del día 15.

Lo que aqui pasó, así como lo de la travesía del mar hasta Nápoles, será el asunto de mi siguiente carta. Adios, querido amigo.

J. M. V.

APÉNDICE A LA CARTA CUARTA.

OTRA DESCRIPCION DEL NIÁGARA.

El autor de la «Historia de la Primera Peregrinacion Mexicana á Roma», describe el Niágara en estos términos:

“Las aguas del tranquilo lago Ontario que en su nivelacion parecen inmóviles, despéñanse precipitadamente al llegar á la orilla del borde del abismo, cuyo fondo es un ancho río en donde á corta distancia vuelven á tomar la suave corriente que hace conducir las al agitado Oceano. La impresion que se siente á la primera vista del Niágara no es de espanto ni de estupeor; es la que causa el aspecto de una hermosa acuarela de suave colorido, es el encanto que produce la contemplacion de una obra de arte admirablemente ejecutada. Visto el Niágara á lo léjos antes de oír el

ruido y de darse cuenta del movimiento vertiginoso de las aguas en su caída, no se experimenta otra sensación que la del embeleso; no se siente otra agitación interior que la que experimenta uno cuando se encuentra delante de un objeto hermoso que nunca hemos visto, pero conocemos por las relaciones que de él se nos han hecho. Acercándose á las cataratas las impresiones cambian; sobreviene el espanto y acomete el vértigo.

"A la distancia que vimos por primera vez las caídas del Niágara, lo que más llamó nuestra atención fueron los colores que matizaban el cuadro que teníamos delante. Sobre un fondo de plomo que formaba la espesa niebla que envolvía el horizonte, destacábase un plano de líquida esmeralda que al terminar se deshacía en resplandecientes penachos de blanca espuma, descendiendo despues en grandes cortinajes de plateadas telas. Al caer las aguas en el punto en donde se juntan con las que llegaron ántes del cause del rio, levantan una densa faja de algo que semeja el sutil polvo que el ojo descubre en los rayos solares al entrar en un cuarto que no recibe luz por otra parte; algo parecido al humo blanquísimo que se desprende de ciertos combustibles cuando están abrasados por el fuego; algo que se parece mucho á esas resplandecientes nubes que frecuentemente adornan los horizontes en nuestra patria.

"Dos grandes caídas, la llamada americana y la del Canadá, son las principales por donde se despeña la inmensa cantidad de las aguas; otras muchas menores se admiran en una extensión de más de un kilómetro. A la hora en que nosotros llegamos al punto en que primero se descubren las Cataratas, una fuerte nevada

caía, y la frialdad de la atmósfera había hecho congelar algunas de las cascadas menores, así como había petrificado transitoriamente parte de las aguas que, aglomerándose á las orillas del rio, formaban deslumbrantes rocas de blanquísimas y elegantes estalactitas y estalacmitas, unas sobresaliendo de la superficie de las aguas, otras colgando de los salientes de las paredes de la cañada.

.....
"El punto principal de vista es una especie de balcón erigido á orillas del despeñadero y al nivel del lago Ontario. Allí se ve de cerca el derrumbe de las aguas, se ensordece uno con el ruido de su caída, y se moja el visitante con las gotas que salpican. Otro punto no ménos interesante para ver las cascadas es desde la orilla del rio; allí se contempla el cuadro de abajo para arriba. Los turistas más atrevidos tienen otros dos puntos de vista, el primero es debajo de las cataratas; entre estas y la pared del encortinado de rocas hay un camino practicable por donde se puede transitar, no sin mojarse un tanto, para observar los efectos de la luz á través de las aguas; el otro es el puente colgante en el cual se atraviesa el espacio en direccion casi paralela á la caída principal, pudiendo observar muy de cerca el despeñadero."

